



LA CULEADA

**Sin nadie con quien hablar de estas cosas,
termino hablando solo, conmigo mismo.
Puedo malgastar mis palabras.
¿A qué malgastar mi silencio...?
A. Roa Bastos.**

Usted ve todo mal porque tiene la vista así. Dice, las mujeres se hacen a golpes y deja que Francisco me pegue. Ve que rompo las tazas cuando estoy enrabada y me mira mal; por qué hice eso, me pregunta, eso no se hace, me recalca.

Por eso creo que el problema está en sus ojos; en el más adentro de sus ojos. Allí, por esas viboritas que le hacen de venas, por esos cables que atan los ojos a su cerebro y le hacen trastabillar las ideas.

Cuando subo a bajar las bolsas de afrecho y me caigo, dice: la mujer se hace a golpes, mientras me mira tirada en el piso. Por las noches pega su oído a la puerta y escucha mi grito apagado y los gritos de Francisco y se siente contenta. Se siente así porque no es la que está allí.

Cuando por las mañanas tengo mis ojos con sombra dice que me maquillo y no que son moretones de sopapos.

Yo creo que tiene los ojos dados vuelta, hacia atrás, y se mira, y se retuerce viéndose toda negro, como vispera de tormenta o como en esos sueños desbarrancados que una cae en el pozo y amanece bajo el catre.

Pero cuando ve al Pancho saliendo de atrás abrochándose el pantalón y secándose el sudor, usted relame su boca sin dientes y se le encienden sus ojos enrevesados.

Por eso, cuando él me abre de atrás como destajando sandía, cuando me hace mojar la sábana con mi sangre y mi saliva, pienso que usted también pasó por esto: pienso que extraña a papá, que le da pena que haya muerto atragantado mientras hacían eso, y no tiene a quien latarle toda la rabia que le entró.

Pienso que extraña, no el gusto, sino la costumbre del dolor que le solía arrancar tajos de su grito en esas siestas en la que me mandaban a lo de la Erótida.

No pudo vengarse de él y se venga de mí. Quiere partir su dolor de antes y tirar sobre mi dolor de ahora, de pura egoísta que es.

Eso pienso porque no me hace caso cuando le grito sin palabras, con mis ojos, para que me ayude y sólo encuentro que sus ojos se escapan y quedo callada, mirando el piso, que aunque sucio me escucha no diciéndome nada, ni mostrándome de vuelta mi cara como usted lo hace.

Yo veo en su cara mi cara y siento vergüenza de mí.

Después veo esa misma vergüenza en la cara de los vecinos, cuando me ando por la calle y me miran fiero.

A mi espalda siento el hediondo de sus miradas y tapo mis nalgas por si quedan manchones de sangre allí.

María Kilina... la desculada
María Kilina... la culeada

Escucho que gritan.

Pero a veces tomo fuerza y, de repente nomás, giro y miro hacia atrás para tirar algún cascote y los veo callados, hablando como si no me vieran.

Pero sigo escuchando...

María Kilina... la desculada
María Kilina... la culeada

... y me quedo quieta, los miro y no los veo; tapo mis oídos y sigo escuchándolos; tapo mis ojos y sigo viendo a Pancho parapetarse en mi trasero y escucho, veo, corro, corro... como una loca corro, como una lechera, como una burra, como una yegua, corro como todos esos animales que él dice que soy y que usted asiente y encuentro que los vecinos me siguen gritando..... Kilina... loca... loca... locaaaaaaa...

No sé cuánto he de aguantar esto. Cuando le pregunto cuánto tiempo duele, usted me responde que las primeras veces nomás, las primeras veces nomás, mi hija..., la desgarradura se agranda y de a poco una se va acostumbrando...

Eso me dice y seguirá diciéndome si yo le doy aire para su labia.

Yo sólo digo que usted ve todo mal porque tiene sus ojos así.

Ahora de nuevo me dice que eso no se hace, que una mujer no agarra hacha porque son cosas de hombres y más si no es para hacer leña.

Y empezamos a discutir por primera vez. Ahora ya no callo y le respondo que no tengo de dónde agarrarme sino del hacha porque usted se me resbala de las manos.

Las dos quedamos frente a frente, balanceándonos como esos gajos de laurel rotos por el ventarrón.

Usted triste, yo contenta.

Sé que ahora él no se va a levantar para parapetarseme atrás, y que ya no voy a amanecer con su baba endurecida en mi cuello y que voy a dormir tranquila.

II

Usted me escucha hablar y cree que me hago, que fabrico mi decir para no parecer loca.

Pero le trato de usted para alejarme y ver desde lejos su cara, su cuerpo y todo lo que me dijo antes; para no mojar me con el salpicón de su lengua de víbora.

No puedo usar su habla para decir todo esto. Usted la ahuecó y la dejó sin panza.

Hablo así para no pegármele tanto y terminar creyendo sus creencias. Pero igual se burla. Dice que me hago, que mis palabras son ensayadas, moldeadas por mi mala paciencia.

Hay que ver quién se hace. Yo digo que estoy loca y usted carcome su pudrición para que no salga afuera.

Debo salir del corral de su olor, me digo, de ese corral que me encierra en sus palabras. Esas palabras que me enseñó a quererla porque es mi madre, a respetarla, a obedecerla nada más que porque me parió.

Yo pensaba en la maldición del cielo cuando veía mal sus cosas. Me tapaba los ojos y apretaba el pecho y sentía en mis ojos las miradas de los caranchos y no chillaba con sus castigos y hacía que lloraba para ponerla contenta.

Fui haciéndome dura con sus palizas, muriendo de a pedazos hasta quedar como una piedra. Las cosas me rebotan. Sólo entramos en razón con eso de que soy una mal parida.

Le creo...

No crea que mi vida es todo lamento, ni que ahora estoy triste en este agujero. Los hierros de la puerta hacen que vea todo rayado. Los señores que pasan, las mujeres que me escupen y las que lloran y se ríen o se arrastran, también están rayadas por los hierros. Pero me siento liviana, mis callos haciéndose plumas y pienso volar. Volar como cuando con Pancho me encontraba

en la loma camino al almacén. De cuando derramaba mi sudor en el pastizal y también mi sangre.

Cuando eso daba gusto porque el dolor me hacía cosquillas y respirábamos cansados y nos cambiábamos el sudor.

Todavía recuerdo esa planta de lapacho que nos cobijaba. Allí está, fuerte, que no se quiere caer. Es un recuerdo agarrotado que se empaca en la tierra para no creer que mi vida nunca valió.

Yo sé que valió, y que vale ahora. Vale desde que sentí mojar me otra vez con su sangre y los pedazos de ceso que se teñían de rojo y que mancharon mi blusa. Vale desde que lo sentí respirar como la primera vez.

Lástima que fue la última.

Igual me monté encima y con su cabeza achatada lo galopé hasta descoyuntar mi cadera de gusto. Ahora es mi turno, le decía, ahora yo te galopo, hijo de una gran yegua. Me salía ese odio como un lindo vómito, con gusto, olvidada de mí, y ahí no estaba ni usted, ni el Pancho, estaba yo con mi gusto.

Él muchas veces me mató igual. Me cabalgaba muerta, espoleaba mi verija como si fuera una yegua. Era la peor muerte porque me dejaba sintiendo asco de mí.

Así nomás son las cosas.

Ahora usted es más pequeña.

Antes yo le decía usted al maestro Aurelio y él era grande. Era grande por lo de usted y yo le hablaba con la lengua trabada y todo mi cuerpo trabado por el miedo o el respeto. Y ahora... ahora digo usted para no bajarme desde donde estoy, para que no se me acerque tanto y me haga recordar con su lengua chapucera, que usted es mi madre, que sudó lacre cuando vine de culo a este mundo, que limpió mi traste de mierdas, y que me curó el sarampión, la papera, la rubiola, la disentería, bronquitis y todas esas maldades que le agarran al cuerpo de cuando una es niña y que usted se encarga de recordármela junto con el padre nuestro de cada día.

Por eso hago distancia y no me fijo en su lengua. Alejo mi recuerdo, pero... otra vez me vienen sus sacrificios de cuando vendía frutas en el mercado, para que yo pueda tener la ropa, el zapato como la gente e irme a la escuela de las monjas; para que pueda hacer la comunión con sandalia blanca y vestida como la Virgen María.

¡Virgen María..., ja!

Me da gracia nomás. Cuando eso, ya conocía el olor a queso del asunto de Pancho y ya no caminaba como de siempre.

Sigo trenzando la sogá de sisal mientras hablo y despanzurro mis catarros podridos que nunca tosi. Todavía he de tener algún pedacito de corazón, por eso hablo y río, hablo y hablo... Ahora voy a salir de aquí. El señor, su señor, me sonríe. Calza la sogá a mi cuello y hace otro nudo en el suyo y empieza a estirarme. Así voy subiendo hasta sentir mis pataletas como las de Pancho cuando terminaba dentro de mí.

III

Siga mirándome nomás y largue esa lágrima de urraca.

Dígale a su vecina que, ipobrecital, le salí mal y que no sabe por qué y re-tuézase en su rosario, que le sirva aunque sea para colgarse como yo.

Ahora póngame esa puntilla negra que con tanto gusto tejíó para esta ocasión, rece lo que tenga que rezar y déjeme descansar en paz.




MINISTERIO DE EDUCACIÓN

Consejo Provincial de Educación
Dirección Provincial del Centro de Documentación e
Información Educativa Alicia Pifarré

-  cedieneuquen
 -  Biblioteca 0299-4494240
 -  Legislación 0299-4494240
 -  cedieneuquen@gmail.com
 -  legislacioncedie@gmail.com
- cedie.neuquen.gov.ar



SUBSECRETARÍA DE CULTURA

Dirección Provincial de Políticas Culturales y Desarrollo de las Artes

-  subeculturaprovnqn
-  @culturaprovnqn
-  0299-4475040
-  culturavnqn@neuquen.gov.ar

PROYECTO PUENTES

Áreas de Letras de Cultura y Educación

-  programa puentes
-  elpuente.wm2016@gmail.com

Colección **LeoNQN**

Diseño e Ilustración de tapa: Antonela aiello / antonelaiello@gmail.com

“Nunca hice más que tontos garabatos. Tristeza o sonrisas curvando la línea de la boca. Smile. Ya no se trata de expresar sentimientos..., inventarlos. Me propongo dibujar a mi vecino. Dibujarlo y describirlo. Las hojas anilladas del bloc se abaten una sobre otra con la escritura marcada por la presión del grafito. Dibujo y escritura, escritura y dibujo”.

Humberto Bas (“El Sr. Ug...”, fragmento)

Humberto Bas nació en Yaguaracamygta, Paraguay. Reside en Neuquén. Integró los colectivos artístico-políticos La Poronguita, El Cascotazo y la editorial El Fracaso.

Autor de obras de culto como los relatos La Culeada, llevada al teatro por Grisel Nicolau, y de la novela El Superpalo (El Fracaso, 2010), Bas da cuenta en su escritura de un registro que propone recorridos intranquilizadores por zonas donde la poesía se percibe cómoda.

El relato La Culeada fue publicado por primera vez en ¿Y ahora qué pasa, eh?, revista de la Facultad de Humanidades, UNCo, en 1994. Luego apareció en la revista La poronguita en varias oportunidades hasta que ancló en los volúmenes La Culeada y otros Cuentos (Edit. Barcoborracho, 2008) y Varoncitos (Edit. Con Doble ZZ, 2014). Es profesor en Física.

Libros publicados por el autor:

- La Culeada y otros Cuentos (Barcoborracho, 2008)
- El superpalo (novela, ed. El Fracaso, 2010)
- Varoncitos (cuentos, Ediciones Con Doble ZZ, 2014)
- El Sr. Ug... (novela, Entropía, 2015)

Leo**NQN**

AUTORES PUENTES

